

Recordar, compartir, aprender

Zamora

Margarita Coco García, 68 años

Estefanía Vega

SOLIDARIDAD EN TIEMPOS DIFÍCILES

“Mis padres pudieron construir su casa gracias a la ayuda de todo el pueblo”.

En toda vida siempre hay un motor que mueve nuestras pasiones y que nos anima a levantarnos y a ofrecer lo mejor de nosotros mismos. Los valores son imprescindibles en la convivencia y eso lo saben mejor que nadie los vecinos del pueblo de San Miguel de la Ribera, que fueron la viva imagen de la solidaridad para la familia de Margarita.

Margarita vivió hasta los 14 años con sus padres en una pequeña y antigua casa por la que pagaban una tasa de 60 pesetas al año. La casa continuaba en pie gracias a las habilidosas manos del padre de Margarita, un modesto albañil que iba ‘tapando agujeros’ como podía para evitar que ésta se viniera abajo. Sin embargo, las continuas lluvias de un duro invierno pusieron a prueba la resistencia de la casa que, finalmente, cedió cuando una de sus paredes se vino abajo. Margarita y sus padres quedaron prácticamente en la calle y con poco más de 3.000 pesetas que habían ahorrado con gran esfuerzo.

Ante semejante tragedia, el pueblo de San Miguel de la Ribera no pudo hacer oídos sordos y comenzó a prestar su ayuda por modesta que fuera. El alcalde de la localidad les ofreció en nombre del pueblo una pequeña parcela de terreno para que pudieran edificar el que sería su nuevo hogar, un hogar modesto de apenas 45 metros, y en el que sólo el coste de las tejas abarcaba la totalidad de los ahorros de la familia. La solidaridad de los vecinos fue asombrosa: unos prestaban la cantera para poder hacer los cimientos, la entrada de la puerta de la calle y los cargaderos de las ventanas; otros les dejaron las mulas para tirar de las piedras... La ayuda prestada se hizo patente incluso en la propia edificación de la casa en la que los habitantes del pueblo participaron elaborando los adobes y las paredes de tapias, técnica que requería de una gran colaboración para poder macear la tierra transportada en cubos para hacer la pared. Cada parte de la casa se iba construyendo y tratando con el mayor cariño del mundo, pese a elaborarse con materiales pobres debido al escaso presupuesto. La ilusión nunca faltaba a pesar de los continuos sobresaltos de la vida y los vecinos continuaban ofreciendo su ayuda, cediendo alamedas para la construcción de vigas y todo aquello que pudieran poner a su disposición.

Margarita, a pesar de contar con apenas 14 años de edad, también colaboró en la edificación de la casa y, sobre todo, ayudando a sus padres a mantener los pocos ahorros que les iban quedando gracias a la ayuda que ofrecía el ayuntamiento a las familias más pobres. Dichas ayudas consistían en ceder unas pequeñas huertas familiares para cultivar. Todos esos terrenos que el ayuntamiento facilitaba habían sido unas praderas con junqueras, trozos de troncos y árboles que antiguamente habían crecido allí y que se pudieron arrancar gracias a la ayuda de los primeros tractores con arados que se vieron por el pueblo. Aquellos arados permitieron limpiar el terreno de junqueras con el fin de que cada familia sembrara lo que quisiera, excavara pozos... Gracias a esta ayuda, los padres de Margarita se levantaban muy temprano cada mañana para recoger un saco de patatas que su hija vendería más tarde en el mercado con el fin de conseguir el dinero suficiente para comer y, así, no tocar los pocos fondos que aún quedaban.

El mantenimiento del hogar provisional también corrió a cargo de Margarita. La casa, situada junto a una plaza, había pertenecido a los abuelos de una vecina que se la ofreció a la familia gratuitamente con la única condición de que la limpiaran como era debido porque llevaba tiempo deshabitada. Así, Margarita se vio obligada a compaginar sus estudios primarios con las labores del hogar y el trabajo en la huerta.

Recordar, compartir, aprender

Cuando la casa estuvo lista para acoger a la familia, aún faltaban elementos tan básicos y necesarios como eran, por ejemplo, las ventanas. El nuevo hogar se reducía a poco más que los cimientos, las paredes, el tejado y la puerta de entrada. El hueco de las ventanas quedó fijado pero se taparon con los mismos adobes que se hicieron con la intención de poder poner algún día las ventanas y el resto del mobiliario necesario en una casa.

“A grandes males, grandes remedios”. En la España de la posguerra, el trabajo seguía escaseando y la pobreza azotaba las zonas más pobres del país obligando a los hombres a buscar varios trabajos con el fin de poder sacar adelante a la familia. Ello obligaba en numerosas ocasiones, y sobre todo a la población rural, a buscar trabajos temporales que pudieran compatibilizar para sacar algunos ahorros extras. Y el padre de Margarita no fue la excepción: modesto pero honrado albañil, se veía obligado, como otros tantos trabajadores en su misma situación, a acudir como jornalero a la siega en verano, siempre procurando buscar la zona que le reportara más beneficios. Una de las zonas que más frecuentaba era la tierra de Salamanca, por la parte de Forfoleda y Poveda de las Cintas. El hecho es que, gracias al salario que recibió del jornal de ese verano, pudieron poner las dos primeras ventanas de una casa que fue construyéndose lentamente, prácticamente modelándose con las manos de todo un pueblo que unió sus fuerzas para prestar ayuda a quienes tenían aún menos que ellos. Porque es en tiempos de escasez cuando realmente hay que aunar fuerzas.

La casa de los padres de Margarita aún sigue en pie. Fue amueblada poco a poco gracias al sudor, trabajo y esfuerzo de sus padres, en un empeño en convertir su trabajo en un hogar digno para su familia. Margarita aún recuerda las palabras de su padre entre suspiros y ansias de progreso: “No la dejes caer hija, si es posible no dejes caer la casa porque nos costó tanto hacerla...”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Margarita Coco García es una mujer que, a pesar de las continuas desgracias que han azotado su vida, se mantiene entera y vivaz, con una vitalidad poco frecuente a su edad, ya no sólo en el aspecto físico, sino mental. Margarita es una persona que, con los relatos y experiencias de su vida, muestra que lo importante es poner buena cara a la vida, sonriendo ante las adversidades y luchando por superar los baches que le llevan persiguiendo desde su más tierna infancia. Su tímida sonrisa no es impedimento para que Margarita se sincere contando lo que ella considera vital en su vida. Con un hijo con parálisis cerebral durante más de 34 años, una familia que vivió en un ambiente de total pobreza y resignada por no haber podido continuar con los estudios después de los 15 años, lo más valorado por ella se reduce a no más de tres palabras: “Familia, solidaridad y gratitud”. Junto a estas tres palabras podríamos destacar otros muchos valores que resultan imprescindibles en su vida: humildad, honestidad y buena fe.

Margarita tiene sus ideas claras: “Estoy muy orgullosa de decir que fui muy pobre y nunca me arrepentiré de haberlo sido porque yo creo que nadie debe olvidar sus orígenes”. Un profundo respeto por el pasado, por su familia y por todos aquellos que la rodean caracteriza la forma de ser de Margarita, una mujer menuda, que no empequeñecida, pero fuerte y luchadora. Una mujer que luce una cara lo mejor cuidada posible, en la que se dibuja una mezcla de sonrisas y lágrimas; lágrimas que trata de atenuar cuando sale a la calle, incluso de cara a la familia, porque la familia es lo más importante.